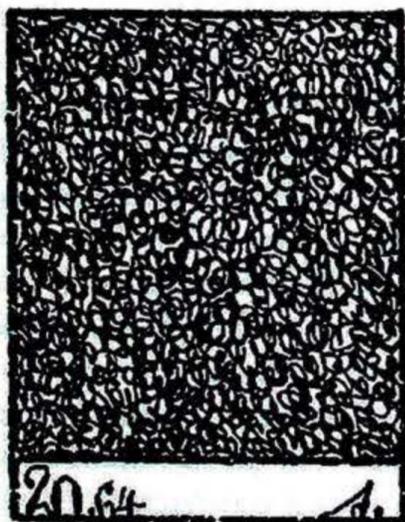


Desde los primeros años de formación republicana, la navegación por el río Amazonas fue un punto de tensión permanente entre Francia, Inglaterra y Estados Unidos, que movían a su antojo las fichas proclives en los despachos de relaciones exteriores de los países suramericanos. Las filiaciones masónicas de muchos funcionarios locales contribuyeron a definir tratados que favorecieran y perjudicaran a otros, algo que merece un estudio detallado. Y, hay que decirlo, en Colombia, desde la mitad del siglo XIX, hubo una inclinación perversa en favor de Estados Unidos, modelo de democracia para muchos de los ideólogos de nuestras incipientes sociedades. Desde entonces tenemos en América del Sur desencuentros y hostilidades que han beneficiado los objetivos geoestratégicos de las grandes potencias. Es más: Colombia ha llevado sobre sí el fardo del país aguafiestas a la hora de hablar de una diplomacia común y fraterna que evite los avances agresivos del Norte. En 1846, fue el Ministerio de Relaciones Exteriores del Perú el encargado de convocar un Congreso Americano con el fin de formar una alianza de los países del sur ante las pretensiones norteamericanas; pero fue la diplomacia concesiva de nuestro país la encargada de disminuirle trascendencia al evento. Desde aquellos años, nuestros ojos miraban hacia Washington. Y también desde aquella época, Lima había asumido el liderazgo en la búsqueda de la unidad bolivariana.



Esta perspectiva explicativa que proporciona la historia, más allá de las anécdotas bien narradas por el periodista, fue desestimada en el trabajo, y Donadío prefirió circunscribirse a los antecedentes más inmediatos, pero no

los únicos ni más determinantes, de la explotación cauchera en los territorios situados al norte del río Amazonas. Y esa perspectiva habría sido más fructífera que el entretenimiento en retratos incompletos e inconexos de algunos personajes políticos notables para el momento. El autor olvidó que, en el caso de Marco Fidel Suárez, tuvimos un consumado exponente de los principales lineamientos de la política exterior colombiana de fines del siglo pasado y comienzos de este, no solamente personaje inmiscuido en los tratados secretos con Perú. En la historia de las relaciones entre Colombia y Estados Unidos, bien explicada por Apolinar Díaz Callejas, encontraremos una evaluación concienzuda del influjo del autor de los *Sueños de Luciano Pulgar* en la política exterior colombiana.

Las consecuencias de ese conflicto no fueron ampliamente abordadas. A fines de 1933, Alfonso López Pumarejo propuso crear un bloque grancolombiano, pensando más en la repesalia que en un sincero deseo de unidad continental; proponía una alianza entre Venezuela, Colombia y Ecuador, no tanto por un renovado espíritu bolivariano, sino fundado en el propósito de aislar al derrotado Perú. La propuesta de López Pumarejo despertó a la intelectualidad de izquierda en Colombia y Perú (en ese tiempo existían intelectuales de izquierda), que desde el Apra y desde el liberalismo colombiano cuestionaron los alcances de ese pretendido bloque grancolombiano. Tampoco están debidamente analizadas las consecuencias económicas de la guerra. Un editorialista liberal muy leído a finales de 1933 hacía este balance: "Los tributos fiscales para la defensa militar, y la caída casi brutal del valor de la moneda colombiana, son el producto lógico y directo de la guerra, es decir, del empleo improductivo de un fuerte volumen de riqueza nacional, del trastorno orgánico que esta súbita y cuantiosa sustracción de energía tenía que determinar fatalmente en el sistema económico del país". (José Mar, "La economía nacional", en *El Espectador*, Bogotá, 30 de diciembre de 1933).

Es incuestionable que este libro es un meritorio aporte a un tema olvidado por la historiografía colombiana.

Podrá tener muchos vacíos explicativos, pero será un texto imprescindible para cualquier trabajo de indagación ulterior. No importa que sea un libro que haya nacido por accidente, como sucede con muchos otros en nuestro desordenado país.

GILBERTO LOAIZA CANO

El valor de la tradición

Real Colegio Mayor y Seminario de San Bartolomé: colegiales de 1605 a 1820. Nobleza e hidalguía

Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, Santafé de Bogotá, 1996, 1044 págs.

Esta obra es sin duda una exaltación del centro educativo que preparó y hoy en día continúa preparando dentro del mejor rigor académico, científico y moral, a toda una generación de hombres ilustres, procedentes, en ese entonces, de todos los rincones del país, España, Venezuela y en menor grado de México, Panamá, Cuba y Puerto Rico.

Es también un homenaje a las vidas de sus alumnos y de sus parientes, la mayoría de los cuales se distinguieron como luchadores por nuestra libertad y soberanía. Es quizá éste el mejor aporte que puede hacer esta publicación al estudio de nuestra sociedad en la época de la Colonia y de la influencia española en dicho período.

La genealogía de un total de 2.241 colegiales citados en estricta sucesión cronológica; la exaltación de don Bartolomé Lobo Guerrero, como fundador del Colegio, y del general Francisco de Paula Santander, como uno de los más ilustres bartolinos; la transcripción de los documentos textuales de la fundación del claustro y los apartes correspondientes a las Leyes y Reales Cédulas que incidieron en su vida institucional, son el apoyo a innumerables historiadores que ven enriquecidas con este trabajo las diversas obras sobre la Compañía de Jesús y la del Colegio mismo.

Desde el punto de vista editorial, la obra es de muy buena calidad, con un trabajo iconográfico valioso y un cuidadoso empaste.

No obstante, la consulta y localización de la información allí contenida no es siempre fácil, pues hay muchos datos que no son recuperables a través de los dos únicos índices que presenta. Lamentablemente, la obra carece de una introducción explicativa y de instrucciones para el uso de dichos índices.

Esto último es de vital importancia, pues para localizar a una persona, es necesario ubicarla primero en el índice onomástico y de allí tomar un número de orden que deberá ser buscado dentro del índice numérico de fichas que remite finalmente a la página donde se encuentra referenciada la persona.

Este índice numérico parece, a primera vista, inofensivo (se ve simplemente como una secuencia del 01 al 2241), pero finalmente se descubre su utilidad, pues la obra repite, antecediendo de ceros, algunos números que permiten localizar exclusivamente a los colegiales de Antioquia y que obviamente se encuentran en partes diferentes del contenido. Este habría podido eliminarse si el índice onomástico remitiera a la página en la que aparece citado el colegial. Figuran, además, algunas abreviaturas, tales como: [ANT], [EXP], [BAR], que no tienen explicación de lo que representan.

Los anexos 3 y 4 registran una información completa sobre los rectores del Colegio antes y después de la expulsión de los jesuitas, que no es recuperable a través de ninguno de los dos índices mencionados. Como la presentación es cronológica, el lector desprevenido se ve obligado a revisar página a página estos anexos para localizar a alguien.

Una valoración del buen trabajo iconográfico que presenta el libro podría haberse dado con un índice alfabético que permitiera localizar a los personajes que incluye y, de ser posible, a los artistas realizadores de los retratos. Solamente los trabajos provenientes del Museo Nacional tienen este dato —lo presentan como pie de foto— mas no los de la Galería del Colegio ni de la Catedral, la Biblioteca Nacional, la Academia de Historia o el Museo del 20 de Julio.

Sorprende, además, que un libro que debió ser objeto de una cuidadosa revisión bibliográfica no presente una bibliografía exhaustiva al final. Se limita a relacionar como notas de pie de página los textos consultados.

Por último, y como dato curioso, existe otro libro, editado por el Instituto conjuntamente con el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario en 1994, en dos volúmenes, que cuenta con un índice onomástico de fácil consulta, listas y gráficos por lugares de procedencia de los personajes (herramienta útil para la historia regional), lista cronológica de rectores, índice de láminas e inclusive descripción de los escudos de armas, que bien habría podido ser tomado como punto de referencia en la preparación del libro que nos ocupa y que podría haber eliminado varios de los inconvenientes que mencionamos anteriormente y que enriquecerían este material que con seguridad proporcionó beneplácito y elementos valiosos a la comunidad historiadora del país y del extranjero.

MARGARITA MUÑOZ CARDONA
Bibliotecóloga

Novedad en re de revista

Batuta: revista de música

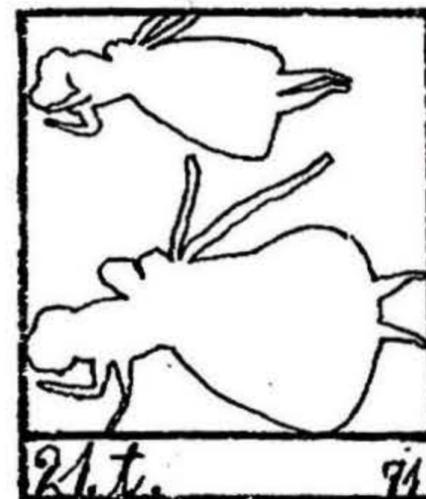
Fundación Batuta

Fundación Batuta, Santafé de Bogotá,
1996, núm. 1

Como una propuesta de lectura para niños y jóvenes interesados en la música y como un medio de divulgación que no se excede en pretensiones propagandísticas; de contenidos a un nivel básico, acaso algo breves, pero dispuestos conforme a una clara intención de variedad, se presenta el primer número de la revista de música Batuta, correspondiente al primer semestre de 1996.

Dentro del esquema de la publicación, las ilustraciones, a pesar de aquella connotación de aderezo de la palabra que las nombra, resultan elementos necesarios, y con frecuencia sobrepasan el nivel del

material escrito —que no puede refugiarse en excusas acerca del requerido carácter elemental—. Los ilustradores, además, se ven beneficiados por el color, ubicuo dentro de la revista.



La presentación (Obertura) dice de manera inteligente “una lectura que te resulte instructiva y divertida, un entretenimiento para esos ratos en que no sabes qué hacer”, pero exagera en su intención amistosa: los preámbulos sobre los artículos serían adecuados si se tratara de una publicación mucho más extensa —considerada en general y en sus partes— y les convendría otra ubicación; incluso parece desestimar a los pequeños lectores con la sentencia de “si después del cuento quedaste cansado de leer, hay pasatiempos en las páginas 22 y 23”. Sin embargo, es importante que hacia el final de la sección se reivindicase el “hecho para niños” al liberarlo del carácter peyorativo que suele ensombrecerlo.

La página legal y de contenido quizá peca en abstracción al reseñar a los colaboradores, pero es impropio el intento de retornar mentalmente a la infancia e iniciar suposiciones desde allí —más aún con la diferencia generacional, cada vez más rápida, que ondea sobre la etapa aludida—.

Escrito por Antonio Orlando Rodríguez sobre conceptos del compositor Murray Schaffer —ligado a la música concreta— El paisaje sonoro, con la interpretación esperada, es una buena oportunidad para rescatar la posibilidad de asombro antes que la veloz costumbre o la ubicuidad de caracteres maledicentes o conformistas, ayudados por la apariencia igualadora del desorden, adormezcan la sensibilidad y la atención al detalle. Se trata de una propues-